

ANDRÉS MANUEL LÓPEZ OBRADOR ¿Lider popular o jefe de matraqueros?

FRANCISCO JAVIER GUERRERO

Recientemente, el Secretario de Gobernación, Santiago Creel, se encontró con un problema, ya que el órgano fiscalizador del Instituto Electoral del Distrito Federal lo ha emplazado a demostrar que no se excedió en los gastos que realizó en su campaña electoral del año 2000, en donde compitió con Andrés Manuel López Obrador (AMLO) para la jefatura de gobierno del Distrito Federal. Ante ese requerimiento, Creel ha declarado que él no se va a «proteger con la gente» ¿Por qué hace tal aseveración? Pues bien, la hace porque AMLO, amenazado con ser desaforado y sometido a proceso, fue el protagonista principal de una manifestación llevada a cabo el 29 de agosto en la capital de México. Tal manifestación se convocó para apoyar al Jefe de Gobierno del D.F., quien aprovechó el evento para exponer 20 puntos de lo que a casi todos los interesados en la política mexicana les pareció un programa de gobierno, el programa del futuro candidato presidencial del Partido de la Revolución Democrática (PRD).

Pero aún suponiendo que Creel cambiara de opinión y quisiera «protegerse con la gente», sabe que no puede hacerlo. Es un funcionario público inteligente y con cierto carisma para las personas que en nuestro país quisieran emular a Bill Gates o Rico McPato; pero ni en sueños podría convocar a una manifestación tan exitosa como la que respaldó a AMLO (según diferentes cálculos, en este acontecimiento intervinieron de 100,000 a 300,000 personas y la mayoría de ellas apoyaban estentóreamente a «El Peje», como se le llama comúnmente a AMLO. Asistí a esa especie de fiesta popular y noté que había acarreados, pero la mayoría arribó voluntariamente a la marcha que culminó en el Zócalo).

Los partidarios de AMLO sabían que harían una demostración de fuerza, y lo lograron. El llamado «líder moral del PRD», Cuauhtémoc Cárdenas, declaró que la manifestación fue una simple demostración de la capacidad de convocatoria del PRD y nada más. A principios de septiembre Cárdenas declaró al comentarista de televisión Ciro Gómez Leyva que el PRD, al ser controlado por representantes de corrientes que exigen cuotas de poder dentro del partido, se ha debilitado a escala nacional, lo cual parece contradecir lo de la «capacidad de convocatoria». En realidad, Cárdenas debería reconocer que aunque los esfuerzos organizativos del PRD fueron muy importantes, lo que más atrajo a la gente fue la defensa de un individuo: AMLO (lo que a Cárdenas no le hace mucha gracia, por motivos sobre que no puedo extenderme; necesitaría más espacio).

AMLO cuenta con miríadas de partidarios en todo el país; estos lo conciben casi como un hombre providencial, casi una combinación de Gandhi y de Peter Parker. Pero mucha gente lo percibe como un peligro para la nación, como alguien poseído de una demagogia irrefrenable, como un neopopulista avezado y avorazado. No falta quien sostenga que es un izquierdista subversivo, como los horribles comunistas que aparecían en las películas hollywoodenses de los años cincuenta del siglo pasado (en una de esas películas, monstruosos jefes rojos ordenan a Robert Taylor asesinar a su tocaya Elizabeth, ya que los comunistas no debían enamorarse). Hace poco tiempo escuché a un primo mío especialista en seguridad de empresas químicas hablar de Andrés *Lenin* Obrador. Con frecuencia se equipara a AMLO con el venezolano Hugo Chávez, aunque Flor Berenguer y otros analistas sociales o que presumen de tales dicen que sería aún peor que ese militar amigo de Fidel Castro.

Lo que sucede con AMLO revela mucho acerca de lo que es el poder y la cultura política en México. Octavio Paz, siguiendo a Max Weber, sostenía que el Estado en el país azteca era un Estado «patrimonial», un Estado configurado como

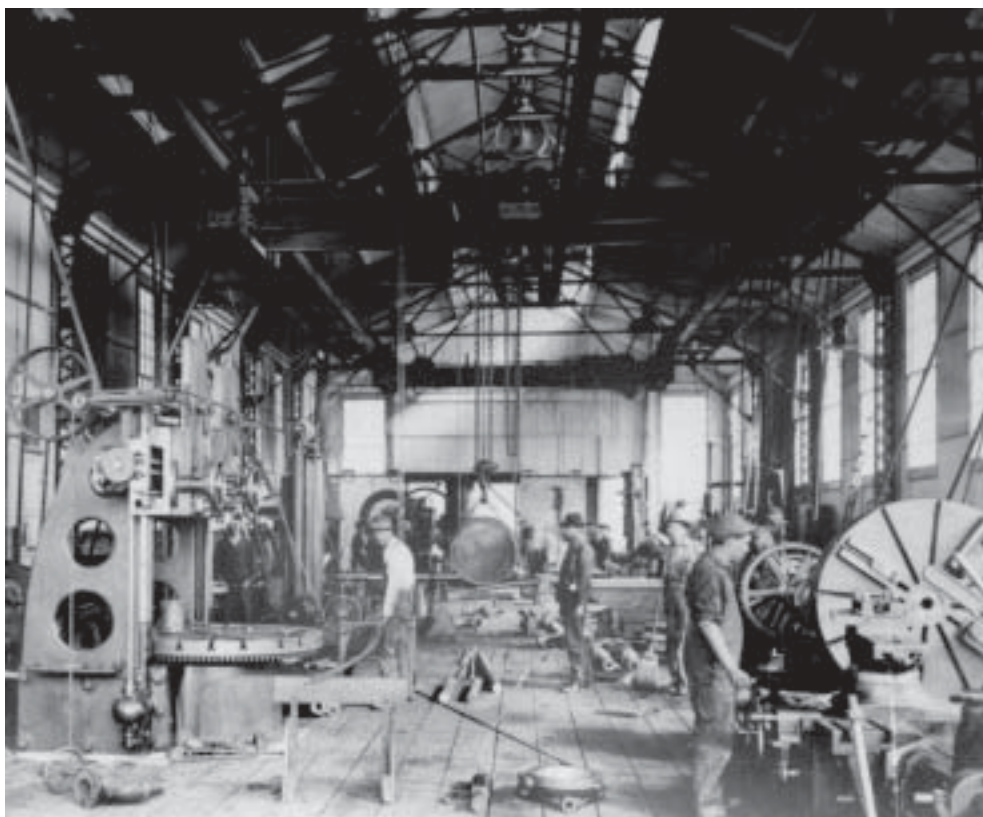


Cárcel antigua de Cananea, Sonora. ©Coordinación Nacional de Museos y Exposiciones.

patrimonio (botín) de sus principales representantes. Mario Vargas Llosa concebía al régimen político mexicano como una «dictadura perfecta», ya que ésta funcionaba con toda eficacia precisamente por haber estructurado una fachada institucional pseudo democrática que servía como máscara para encubrir los excesos del despotismo. José Vasconcelos y otros pensadores como el ex-izquierdista Luis González de Alba tenían y tienen a quien culpar del atraso político en nuestra nación: los indios, individuos anómalos amantes de la sumisión y de la servidumbre, con sus libidos encauzadas a cualquier figura autoritaria. Muchos marxistas consideran que en México subsisten con gran vigor múltiples formas de acumulación originaria de capital, o sea, mecanismos extracapitalistas de formación de capital como el despojo de tierras a los campesinos, el saqueo de las arcas públicas, la corrupción, la usura, etcétera. También han proliferado explicaciones de tipo psicologista para nuestra escasa vocación democrática: el machismo, el paternalismo, la apatía, la despolitización, etcétera.

Pese a todo, hoy se reconoce que los movimientos sociales y populares en el siglo pasado han catalizado el proceso de la transición a la democracia en el país. Pero es totalmente iluso suponer que nos hemos desembarazado por completo de la herencia del autoritarismo. México es una democracia representativa en la cual los «representantes del pueblo» sólo se representan a sí mismos y a sus grupúsculos. Después de que un partido monopolizó el poder en nuestros lares durante casi todo el siglo XX, hoy nos encontramos frente a una partidocracia –un oligopolio– en la cual, los partidos, configurados como entidades empresariales o de negocios, distribuyen privilegios, prebendas, sinecuras y recompensas entre sus miembros más destacados (y otros que no lo son tanto, pero que reciben buenas migajas). Y, a la vez, naturalmente, la partidocracia impide que grupos de ciudadanos organizados o un simple individuo con aspiraciones presidenciales aspiren a participar en los procesos electorales. El PRI es más que un partido: es una cultura política. En el año 2000, millones de personas votaron porque hubiera un cambio en el país, pero el país no podía cambiar porque quienes detentan el poder son los mismos que lo detentaban en 1989 o en 1995: los grandes financieros, los banqueros, los especuladores, el capital extranjero. El Estado neoliberal, que es el que priva en México, tiene una característica casi suicida: en su afán por favorecer a sus patrocinadores, no sólo no favorece a los sectores populares, sino que llega a rechazar una política reformista y de concesiones a esos sectores, así la posibilidad de contar con amplias bases sociales de apoyo.

En este marco, resulta un peligro para ese Estado neoliberal ya no sólo un conjunto de grupos subversivos y radicales, sino cualquier agrupación política que tenga capacidad de aglutinar a las más disímolas capas sociales a favor de un cambio antioligárquico, máxime si cuenta con un caudillo popular. AMLO no representa una izquierda con afán de un cambio estructural radical, ni es un dirigente popular que impulse la democratización desde abajo (la participación popular en las decisiones de gobierno sigue siendo muy débil en el Distrito Federal; tal como me informaba el compañero Gilberto López y Rivas, el gobierno del D.F., apoya escasamente las iniciativas democráticas de unos cuantos delegados en la capital, por ejemplo, las referentes al presupuesto participativo. Otro Gilberto,



Taller mecánico de El Ronquillo, 1905, Cananea, Sonora. ©Coordinación Nacional de Museos y Exposiciones.

de apellido Guevara, sostiene que no hay pruebas tangibles de que el PRD esté formando ciudadanos para gobernar y en cambio actúa para reproducir las estructuras elitistas del poder político. Por lo general no estoy de acuerdo con Guevara, ya que a éste le gustan los cantos de sirena antizquierdistas, pero creo que en este caso tiene razón).

En la manifestación del 29 de agosto, AMLO presentó 20 puntos de un programa que atiende las demandas de todo un conjunto de sectores diferenciados e incluso enfrentados entre sí; esos 20 puntos configuran un sustrato común de requerimientos de múltiples grupos de la sociedad, requerimientos a los que se ha dado la espalda desde el poder supremo.

Sí, AMLO es un populista, un gobernante que sabe distribuir bienes, recursos y servicios a grupos maltratados por la pobreza y el desempleo. Y al mismo tiempo desarrolla alianzas con personas representantes del gran capital y desarrolla políticas presupuestales, programas de seguridad y obras públicas que provienen de compromisos derivados de esas alianzas.

Mediante maniobras tortuosas de supuesto carácter jurídico, los grupos más reaccionarios del país intentan evitar que AMLO sea candidato a la presidencia. Independientemente de los aspectos estrictamente políticos y legales de este asunto, es de recalcar que con tales maniobras se está transformando a AMLO en un mártir. No hay que olvidar que Porfirio Díaz envió a la cárcel a un candidato opositor llamado Francisco I. Madero, y su capricho dictatorial le salió contra productivo. En nuestra América Latina convertir a determinadas personas en víctimas de la represión hace subir sus bonos inconmensurablemente, y los odiadores sistemáticos de AMLO empiezan a sufrir las consecuencias de su torpeza.

Si AMLO se convierte en víctima de las conspiraciones en su contra, es posible que cuente con manifestaciones más grandes de apoyo que la del 29 de agosto. Pero si a fin de cuentas AMLO llega a ser candidato, es importante que las fuerzas que propugnan la democratización de este país luchen por cambiar por la correlación con las fuerzas antagónicas; en este momento éstas tienen la primacía. Si la situación de la nación sigue como está, un gobierno de AMLO casi no significaría un paso adelante. Esperemos que sí lo signifique, y no uno, sino muchos. Pero no depende del tabasqueño. Depende de que millones de mexicanos nos empeñemos con vigor y eficacia en lograr que la democracia se implante por fin en esta sufrida nación.